

conducta de este militar caballeresco, tan modesto como valiente, fué puesta á la orden del ejército, y el General en Jefe le confirió, en la gran plaza de Cholula y en presencia de todas las tropas reunidas, la cruz de caballero de la Legión de honor, que recibió aquel bravo llorando de emoción y de alegría. Toda la población de Cholula asistió á la ceremonia, que produjo un efecto considerable. Las simpatías que de la Peña inspiraba eran tales que todos, así la población como los ejércitos mexicano y francés, se echaron á aplaudir, yendo á abrazarle los oficiales franceses.

Mientras activamente proseguían los trabajos del sitio un batallón del 1o. de zuavos expedicionaba con un escuadrón del 2o. de cazadores de Africa y el escuadrón de la Peña por los alrededores de Cholula, explorando las haciendas y recogiendo cantidades considerables de grano para el servicio del ejército. Aunque el cuerpo de observación de Comonfort estuviese por allí, jamás tuvo lugar encuentro alguno, retirándose siempre las tropas mexicanas al acercarnos.

El día 15 de Abril como á las cinco de la tarde, intentó el enemigo una salida sobre nuestras obras de San Baltazar. El 7o. batallón de cazadores de á pié hacía la guardia de trincheras; dejó que la columna enemiga avanzara á buena distancia, y cogiéndola á tiro enviando sobre ella un fuego de lo más nutrido, la forzó á entrar de nuevo en la plaza en el mayor desorden.

En la noche del 19 el Coronel Mangin, comandante del 3ro. regimiento de zuavos, estaba de trincheras; tenía la consigna de apoderarse de los lotes 29, 38 y 31. Un batallón del 3ro. de zuavos y algunas compañías del 18o. de cazadores de á pié estaban encargados de esta operación. En estas cuadras el enemigo había organizado una resistencia tal, que se necesitaba toda la audacia y bravura de nuestros soldados para saltar por sobre los obstáculos amontonados delante.

En la cuadra número 29 había una fábrica considerable en cuyo patio los mexicanos habían construido una especie de rediente cuyas dos faces se apoyaban, en dos lados del patio respectivos, sobre unas casas atroneras. Aquel rediente estaba precedido de un foso enorme que tenía cinco metros de ancho y cinco de profundidad; el parapeto tenía más de cuatro metros

de espesor y el talud interior lo formaban enormes vigones de palo de encino.

Detrás del rediente, todas las construcciones estaban atroneras y las salidas preparadas y cubiertas con tambores. La comunicación de una cuadra á la otra estaba establecida por una galería subterránea. Nuestros soldados jamás habrían podido asaltar aquella obra, si por la indicación de un vecino de la ciudad, la brecha practicada en la cuadra no hubiera dado acceso á las caballerizas de la fábrica, especie de cuevas abovedadas, paralelas al mayor frente del rediente, pudiendo éste ser flanqueado por las sobre dichas caballerizas. En este punto, pues, sufrieron una derrota completa los mexicanos, que, al escaparse huyendo por la galería subterránea, indicaron el camino que para la cuadra 31 debían seguir nuestros zuavos; estos persiguieron á aquellos á la bayoneta picándoles la retaguardia y haciéndoles gran número de muertos. Doscientos fueron hechos prisioneros.

En este vigoroso ataque el 3ro. de zuavos y el 18o. batallón de cazadores de á pié, rivalizaron por su intrepidez, siendo mínimas sus pérdidas, gracias al impetuoso empuje con que el ataque fué conducido. Ni un solo oficial de aquellos cuerpos quedó herido, aunque siempre se les vió marchar en primera línea, dando ejemplo á los soldados. El capitán Galliffet, mayor ayudante de trincheras, que siempre y en todas partes se hallaba presente donde había que correr grandes peligros, estaba en medio de los zuavos tomando parte en la lucha cuando un casco de granada le hirió en el vientre, herida de la cual se vió á la muerte y que solo por un prodigio de la ciencia, el doctor Hounau pudo curarla cuando todo el mundo desesperaba ya.

En el día siguiente construyeron los marinos una batería aerea sobre la Iglesia de San Ildefonso, prometiéndose resultados excelentes por su situación ventajosa.

El día 21 el enemigo evacuó las cuadras números 26, 27 y 28 después de haberles prendido fuego. Este incendio considerable que llegaría á consumir la Iglesia de San Agustín, una de las más ricas y grandiosas de Puebla, duró todo el día y parte de la noche, bañando de humo el Sur de la ciudad.

La caballería de los sitiados emprendió una salida por lo

bajo de los fuertes de Loreto y Guadalupe, dirigiéndose sobre dos columnas en derechura á las posiciones resguardadas por el general aliado Taboada y sobre los reductos de los hornos de cal y de San José. Ignorándose la intención del enemigo al hacer aquel movimiento, se dirigieron rápidamente sobre el puesto de Santa María dos escuadrones de cazadores de Africa que avanzaron un reconocimiento en lo llano, encontrándose con que el enemigo había ido á forrajear.

Con la mira de hacer caer el fuerte del Carmen aislándolo del resto de la plaza, preparóse un ataque considerable contra el convento y la Iglesia de Santa Inés. La artillería empezó por una batería de brecha y la ingeniería por la abertura de cuatro ramales de minas. Aquellos trabajos duraron cuatro días; la artillería llevó ocho piezas cuyos tiros deberían arruinar los muros del convento, y los lotes 26, 27 y 28 fueron ocupados y puestos en estado de defensa.

En la noche hicieron los sitiados una gran salida sobre la hacienda de San Francisco, siendo prontamente rechazados á la plaza. Por la mañana otra columna mexicana había salido por entre el molino de Guadalupe y las obras de San Baltazar, en donde el 62.º de línea tenía compañías de resguardo. El capitán Audin cargó con bravura sobre el enemigo y cayó en el instante muerto á la cabeza de su compañía de granaderos. Los mexicanos derrotados volvieron á sus trincheras en el mayor desorden.

Durante la noche del 23 al 24, comenzaron los ataques á la derecha, cerca del Molino de Huexotitla, por una batería que, aunque un poco lejos, podía hacer llegar sus proyectiles hasta detrás de Santa Inés, que iba á ser atacada el día siguiente.

El día 25 de Abril, una columna compuesta de un batallón del 1.º de zuavos y otro del 3.º de zuavos, cuatro escuadrones de caballería y dos obuses de montaña, salió de Cholula en busca de grano á la hacienda del Chaçuaco, cerca de veinte kilómetros al Oeste. Aquellas tropas estaban al mando del coronel du Barail del 3.º de cazadores de Africa. Ya de noche llegaron al lugar indicado; llovía á torrentes. El enemigo acababa de dejar el Chacuaco en el momento en que entrábamos. Sus tiradores, emboscándose en la arboleda á la derecha del camino, señalaban su presencia haciendo fuego sobre nuestro inmenso

convoy, que no por eso dejó de seguir su marcha sin accidente. Toda la noche se pasó en cargar trescientos carros y quinientas mulas, pudiendo recojer cantidad extraordinaria de maíz y dejando todavía otra cantidad igual en los graneros por falta de transportes. Desde la llegada, el coronel du Barail, que había hecho examinar los alrededores, hizo que algunas compañías tomaran posición en las alturas al Oeste; otros destacamentos fueron emboscados al Norte, en los repliegues del terreno, para impedir una sorpresa de noche de parte de las tropas de Comonfort, quien con el grueso de su fuerza se hallaba á cuatro kilómetros de allí, en los altos de Huejocingo. Al despuntar del día, el enemigo, que había pasado la noche en completa calma, para ocultar mejor sus designios, coronó todas las crestas al Norte á una distancia de dos kilómetros. Vimos desfilar muchas columnas de caballería, formando en batalla sobre los llanos en tanto que los infantes descendían en columna, precedidos de hileras de tiradores. Viendo aquellos movimientos de tropas tan numerosas, supúsose que el enemigo venía á librarnos batalla; mas si tal fué su intención no duró mucho tiempo, porque nuestra gran guardia emboscada aguardó á que aquellas tropas llegaran á ponerse á tiro, enviándoles una descarga de fusilería que al punto les decidió á dar media vuelta. Terminada la operación de cargar, volvíamos á emprender el camino de Cholula cuando la artillería enemiga, traída á toda prisa de Huejocingo, puesta en batería, comenzó á cañonearnos por más de media hora. Los proyectiles bien dirigidos nos inquietaron un poco, aunque sin causarnos daño. Al contramarchar hacia Cholula y cumplida que fué nuestra misiva, nuestra caballería ejecutó, en las barbas del enemigo, evoluciones que no bastaron á hacer que este descendiese de las alturas, no obstante de sernos cuatro veces superior en número. Los mexicanos quedaron estupefactos al observar aquellos hermosísimos movimientos de nuestra caballería de Africa, que era su pesadilla.

Nuestro convoy entró por la tarde en Cholula, sin haberse inquietado de la presencia del enemigo durante una marcha de cinco leguas.

Las salidas que la columna de Cholula hacía, eran casi diarias, haciéndonos necesarias para proveernos de maíz para

las bestias, á falta de cebada. Preciso era, pues, expedicionar para poder reunir grandes aprovisionamientos, en previsión de las operaciones del sitio cuya duración debería prolongarse aún, ya que el enemigo parecía dispuesto á disputarnos con la mayor obstinación cada palmo de terreno.

El día 24 de Abril quedaba todo dispuesto para atacar al día siguiente por la mañana el convento y la iglesia de santa Inés. A nadie se ocultaba las dificultades que los asaltantes iban á tener que vencer para tomar aquella formidable cuadra, pero jamás llegó á creerse que el enemigo hubiera acumulado allí tan grandes obstáculos. La ingeniería francesa había zarpado, debajo de la calle, unas galerías, de las cuales iban dos á terminar en los hornillos de unas minas cargadas con trescientos cincuenta kilogramos de pólvora. La artillería había terminado su batería de brecha, y, cuatro piezas de doce y cuatro obuses quedaban dispuestos en la cuadra 30 en donde la batería estaba situada y que después de haber abierto brecha, debía batir el interior del convento. Mas el 24 por la noche sobrevino una violenta tempestad que inundó las trincheras. El capitán de ingenieros Barrillon, temiendo que el agua que á torrentes caía penetrara en las galerías, insistió en que se prendiese fuego á las minas. Una explosión espantosa se hizo oír en seguida; la tierra tembló viniendo á abajo edificios enteros que sepultaron en sus ruinas á cuantos sitiados los ocupaban. Un pánico extraordinario apoderose de las tropas enemigas instaladas en las vecinas trincheras junto al lugar de la explosión. Este fué el momento propicio para lanzar sobre santa Inés las columnas de asalto, sin dudar del éxito; un vigoroso ataque emprendido en estas circunstancias tendría por término la derrota de las fuerzas enemigas. Desgraciadamente había que esperar hasta el día siguiente á las nueve de la mañana. El enemigo, repuesto ya del pánico, y previendo un ataque serio sobre aquel punto, envió allí refuerzos. La calle estaba barreada sobre el flanco izquierdo de nuestras cuadras, y dos cañones cargados con metralla esperaban la señal de ataque para acribillar á nuestras columnas y limpiar la calle tan luego como fuera invadida por los asaltantes. Las terrazas y los balcones de todas las casas de aquel lado se cubrieron de tiradores prontos á hacer fuego. Después se ha sabido que los mexicanos que

defendían el convento y la iglesia de santa Inés, en el momento del ataque, pasaban de cinco mil hombres fuertemente atrincherados.

Al despuntar del día la batería de brecha fué desenmascarada, rompiendo el fuego con violencia extremada, á las nueve aseguró la artillería que la brecha era practicable. Dada la señal, un batallón del 1.^o de zuavos fué lanzado sobre aquella cuadra, desfilando como de costumbre bajo los fuegos enemigos, hombre á hombre y uno después de otro. Para distraer la atención del enemigo, había sido el batallón formado en dos columnas. Nuestros soldados penetraron con bravura y resueltamente en la obra, á pesar de la metralla de la calle y las violentas descargas de fusilería que venían de todas direcciones. Mas presentáronse de improviso allí obstáculos imprevistos que ningún esfuerzo humano habría podido vencer. Una inmensa verja de hierro, inclinada hacia adelante y formada de barretones con lanzas en la punta, barreaba todo lo ancho del jardín del convento. Detrás hallábase una ancha fosa, delante de un parapeto atronero y guarnecido de tropa que hacía fuego á boca de jarro. A la izquierda el paso estaba obstruido por una serie de ratoneras abiertas al tresbolillo y de caballos de Frisia unidos entre sí con correas de cuero. La brecha abierta por la artillería en el muro del convento, lejos de facilitar el paso, quedaba á una altura de cuatro ó cinco metros sobre el nivel del suelo. En el fondo del jardín, un poco más atrás, se levantaba el convento presentando terrazas escalonadas y formando con los campanarios de la iglesia distintas líneas de donde partía el fuego mortífero que diezmaba nuestras columnas.

La de la derecha, después de haber, no sin enormes pérdidas, franqueado la calle y penetrado en el jardín, se encontró cogida en su flanco derecho por los fuegos mortíferos que partían de una espesa muralla clareada por infinidad de troneras. En el ras del suelo, el enemigo había practicado dos cañoneras por las cuales sendos obuses vomitaban metralla á boca de jarro sobre nuestros soldados. El teniente Bornschlegel fué desmenuzado por un metrallazo de una de aquellas piezas. La columna de la derecha, detenida en aquella terrible situación por la verja de hierro que era infranqueable, fué pulverizada por

los fuegos de artillería y mosquetería que la cogían de frente y de flanco; perdió casi tantos hombres como los que presentó. Aquellos enérgicos soldados hicieron esfuerzos inauditos tratando de izarse sobre la cima de aquel obstáculo; empero muchos de aquellos infelices que pudieron lograrlo, eran cobardemente fusilados á quema ropa, quedando prendidos sus cadáveres en las lanzas del enverjado; el cañoneo de la barricada de la izquierda en la calle llegó á ser tan mortífero que la mitad de la columna no pudo ya salir de la cuadra para proseguir el movimiento.

El ataque de izquierda había tropezado con menos obstáculos que el de derecha; allí, los hechos de heroísmo fueron tan numerosos y admirables como en la derecha. Los oficiales y los soldados que componían la columna hicieron prodigios de valor. A pesar de todos sus esfuerzos, aquel ataque tan vigoroso iba también á malograrse porque en tan difíciles circunstancias, como sucedió en el del 6 de Abril, no se tuvo por conveniente enviar refuerzos á una tropa que se creyó anodada. La columna de la izquierda, bravamente conducida por el intrépido é inteligente capitán Devaux, forzó la entrada del convento y siguió, apesar de las terribles descargas de artillería, por una galería que estaba á lo largo del edificio. El teniente Saleta, conocido por su incontestable bravura y su notable energía, iba á la cabeza de la columna. Había solicitado y obtenido el honor de abrir la marcha contra el enemigo. Después de haber penetrado en las galerías del convento, aquel brillante oficial escala el muro, demuele á puñetazos un tabique que daba acceso á un cuartucho desde cuya ventana se dominan las trincheras enemigas; y lanzándose atrevidamente desde aquella ventana, descarga seis veces su revólver sobre la trinchera, da muerte á los mexicanos que le hacen frente y pone espanto á los demás que emprenden la fuga. Un largo corredor se encuentra á la izquierda; precipítase en él resueltamente seguido del resto de la columna á la cual había tan heroicamente abierto paso, y allí desde luego se encuentra desafilado del fuego enemigo, á más de que una parte del convento quedaba en nuestro poder. Se continuó la marcha hasta llegar á un gran patio interior, y allí se dictaron disposiciones para instalarse sólidamente en espera de lo restante del batallón, que no

se veía llegar. Audacia tan extraordinaria hacía titubear á los sitiados; si en aquellos momentos las tropas que estaban de reserva en las cuadras de donde había salido la columna de asalto hubieran sido lanzadas por el mismo paso en seguimiento del capitán Devaux, el convento y la Iglesia de Santa Inés habrían sido tomados, á costa de grandes pérdidas, es cierto, pero por lo menos, en vez de un descalabro, habríamos alcanzado un triunfo. En aquel instante la moral de los sitiados que ocupaban aquellas posiciones vacilaba, ya por la explosión de las minas, ya por lo vigoroso del ataque, al extremo de que, con solo que asomara la cabeza de una columna, bastaría para que el enemigo emprendiese una fuga precipitada. A más de esto, la columna que quedaba instalada en el convento en número de cerca de ciento veinte hombres no tenía un solo clarín, mediante el cual el toque de asamblea se hiciera oír á las tropas de reserva; el General de trincheras, que mandaba el ataque, los había detenido todos á su lado para tocar á calacuerda al principiar el combate.

Después de esperar por tres horas el enemigo, notando que aquella columnita de cerca de ciento cuarenta hombres no estaba sostenida, llevó artillería, demolió los techos y amenazó echar abajo los muros del convento para aplastar á nuestros soldados si no se rendían; el fuego de dos filas respondió á cuantos se presentaron en frente. La actitud enérgica y llena de resolución de aquellos bravos combatientes desconcertó á los mexicanos por un instante al intentar forzar el paso. Hicieron nuevas intimaciones acompañadas de toda suerte de promesas. El valiente capitán Devaux acababa de ser muerto por un tiro disparado de una tronera abierta en el techo; á cada instante ya un oficial, ya un zuavo caían para no volver á levantarse. El capitán Blot, que acababa de tomar el mando, de concierto con sus camaradas, decidió que, puesto que los refuerzos no llegaban, era imposible sostener por más tiempo la situación. Los zuavos no habían probado bocado desde el día anterior, ni tenían víveres. El General Douay, contando con el carácter enérgico de aquella valiente tropa y con la inteligencia de sus jefes, esperó el momento de encontrar un medio de

ponerse en comunicación con la cuadra conquistada, sin poder realizarlo.

El destacamento capituló en número de ciento cuarenta hombres de tropa y ocho oficiales. Perdimos además en esta desastrosa jornada, seis oficiales muertos y once heridos; ciento veintiún zuavos muertos y ciento treinta y nueve heridos.

Esta suerte de ataques en las cuadras, dando siempre al enemigo la ventaja de ponerse á la defensiva en edificios cuidadosamente fortificados de antemano, nos probaban pésimamente. Nuestras valerosas huestes ciertamente no carecían de abnegación é intrepidez, pero á menudo tropezaban con obstáculos que al esfuerzo humano no le es dado vencer.

La conducta heroica de oficiales y soldados del 3er. batallón del 1er. regimiento de zuavos, fué puesta á la orden del ejército en los siguientes términos:

“En la mañana del 25 de Abril la cuadra de Santa Inés ha sido atacada con vigor extremado por un batallón del 1er regimiento de zuavos. Por desgracia, obstáculos imprevistos hicieron malograr la empresa. No por eso el General en Jefe dejará de señalar al cuerpo expedicionario los militares de cualquier grado que se hayan hecho notables en tales circunstancias por su bravura, y se cuenta por muy afortunado al verse precisado á tributar los honores que de justicia les son debidos á los oficiales del 1o. de zuavos que tan denodadamente enseñaron á sus soldados el camino recto del honor. De entre estos un gran número pagó su varonil ardimiento con la vida ó con la libertad.”

Alentado el enemigo del buen éxito por él alcanzado, pareció más confiado y quiso emprender por su lado la ofensiva. En la tarde, después de haber batido en brecha el ángulo de la cuadra 31, dió el asalto; mas una compañía del 1er. batallón de cazadores de á pié, que allí estaba de guardia, esperó á los mexicanos á bayoneta calada, dando muerte á algunos y dispersando al resto.

El día 28 se unió por una trinchera la Penitenciaría á la Iglesia de San Miguelito, y en los días siguientes se estableció un rediente delante de esta iglesia para inquietar el fuerte de Santa Anita. Se erigieron dos baterías de buen alcance, destinadas á barrer las terrazas de la ciudad desde Belen hasta San-

ta Inés. Se cubrieron las cercanías de estas baterías con emboscadas en frente de Santa Anita. De su lado el General Bazaine completó poco á poco el estrechamiento de la línea de sitio sobre Puebla, por medio de zanjas, puntos fortificados y otras obras de campaña unidas entre sí por emboscadas. Esta línea, partiendo de la obra de Morelos, pasaba por la garita de Amatlán, la Iglesia de San Baltazar, la garita de este nombre, el molino de Guadalupe, Santa Bárbara, molino del Cristo y la garita de Amozoc.

Al Norte de Puebla se hicieron trabajos análogos. Se reunió por una trinchera la garita de México á la del Pulque. Estrechando la línea de sitio, se tenía la ventaja de economizar tropa, la cual tanto se fatigaba con el servicio frecuente de trincheras; á más de esto, el enemigo encontraría nuevos obstáculos en su marcha, dado que intentase escaparse de la plaza.

El día 1o. de Mayo se provocaron conferencias entre las tropas mexicanas y las nuestras del lote 52 al 30, con motivo de dar sepultura á los cadáveres y del cange de prisioneros. Una suspensión de hostilidades tuvo lugar de medio día á las dos de la tarde. Un ayudante de González Ortega se presentó en el cerro de San Juan al General Forey.

Durante aquella breve suspensión de hostilidades, todos subimos á las terrazas, haciendo esto mismo los mexicanos, y pronto se entabló conversación de un lado á otro de la calle. Los oficiales enemigos vinieron afanosos á estrechar la mano á los nuestros, manifestando en alta voz el vivo deseo que tenían de que la terrible lucha terminara cuanto antes. Fácilmente se echaba de ver el presentimiento que nuestros adversarios tenían de que muy en breve la plaza tendría que rendirse á discreción.

Por la noche se continuó la trinchera empezada en la dirección de Santa Anita, erigiéndose otra batería frente á Santiago, y tomándose nuevas disposiciones tocante al resguardo de las cuadras. Después del combate de Santa Inés, las guardias de trincheras solo eran relevadas cada tres días, lo que permitía mayor descanso á los soldados que volvían al campamento, aumentando á la vez el efectivo de tropas disponibles. A partir del día 1o. de Mayo, la guardia de todas las cuadras conquistadas quedó de un modo permanente confiada al 1er.